



## Dr. Enrique Margarit García

Nicolás Sastré

Escribir in memoriam de Enrique Margarit García representa un reto interesante que me lleva a una dualidad de sentimientos. Por un lado, está la tristeza por su irreparable ausencia; por el otro, se encuentra la satisfacción de expresar el cariño, la amistad y el respeto que siempre le guardé. Todo ello sin soslayar la responsabilidad de ofrecer a ustedes una visión objetiva del hombre que siempre fue un caballero íntegro, de pensamiento claro, congruente con sus ideas y sus ideales, dichoso y dicharachero, que entregó su amistad sin cortapisas, pero sólo a quien le ofreció reciprocidad y que tuvo la cualidad de utilizar su buen humor para burlarse de la vida, también un poco de sus amigos, sin ofenderlos, y un tanto más de aquellos que no lo eran. Un hombre que vivió su vida de la manera que quiso; en pocas palabras, lo que llamarían los franceses, un bon vivant.

Enrique Margarit nació en la Ciudad de México el 24 de agosto de 1928, cursó la educación primaria en una escuela religiosa, aunque posteriormente estudió en la Secundaria 4, escuela de la que guardó grandes recuerdos por la gran calidad de algunos de sus profesores, quienes eran autores de los libros obligatorios de la enseñanza media.

Luego cursó la preparatoria en San Ildefonso y obtuvo su licenciatura por la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se tituló el 7 de julio de 1956.

Su vida académica la realizó totalmente en el Hospital General de México, a donde llegó desde su época de estudiante. En los inicios de su vida profesional fue aceptado por el doctor Fernando Valdez Villarreal, con el propósito de formarse como cirujano general en el viejo Pabellón 19; en ese sitio empezó su carrera hospitalaria.

Tuvo la fortuna de que este distinguido maestro de muchas generaciones de cirujanos, lo escogiera como ayudante de profesor en su curso de Terapéu-

tica Quirúrgica. Con el paso del tiempo, lo convirtió en su ayudante quirúrgico en la atención médica privada y finalmente lo hizo su socio en su

consultorio particular. Lo anterior muestra el fruto de los innumerables desvelos, esfuerzos y dedicación de Enrique, ya que se constituyó en el hombre de confianza de un personaje representativo de la cirugía mexicana; ello representaba una situación de privilegio, anhelada por muchos cirujanos jóvenes y envidiada por otros tantos. En aquel momento era el estilo más puro de docencia tutorial.

Los médicos del Hospital General de México que querían hacer una carrera hospitalaria, solicitaban una serie de rotaciones por diversos servicios; este procedimiento les generaba experiencia y acumulaban puntos para el ascenso académico.

En estas circunstancias, Enrique Margarit tuvo eminentes maestros, como los doctores Acevedo Olvera, Ruy Pérez Tamayo; y en la enseñanza de la cirugía a Clemente Robles y Roberto Haddad. Después de trabajar en forma intensa y acuciosa, logró su ascenso por oposición, para médico adscrito, el 16 de abril de 1961.

Con la inquietud propia de un cirujano joven, de buenas manos y excelente hechura, incursionó en la cirugía de cáncer de mama junto con el doctor Héctor Rodríguez Cuevas; pero las grandes mutilaciones que ocasionaban las mastectomías extremas requerían frecuentemente del trabajo reconstructivo del reciente Servicio de Cirugía Plástica. En estas circunstancias conoció al doctor Fernando Ortiz Monasterio, con quien compartió las vicisitudes del manejo de pacientes con ese tipo de problema; tuvo la visión para comprender que esta nueva especialidad no representaba solamente co-



locar injertos de piel y entendió que para realizar reconstrucciones de esa magnitud, era necesario tener mayores y mejores conocimientos. Con ese objetivo solicitó una rotación temporal en Cirugía Plástica, pero ese servicio evidentemente lo cautivó y lo atrapó definitivamente.

Para que el doctor Ortiz Monasterio lo aceptara y lo inscribiera como alumno universitario de posgrado en cirugía plástica y reconstructiva, tuvo que adquirir el compromiso de abandonar la cirugía general para dedicarse en forma exclusiva a la cirugía plástica; es de destacar que cumplió en forma cabal dicho compromiso. Pero tomar la decisión de cambiar de especialidad no resultó fácil, porque en la medicina privada ya tenía una clientela cautiva con base en una práctica profesional de excelencia; esa situación propició que las relaciones con el maestro Valdez Villarreal sufrieran un enfriamiento serio, aunque afortunadamente temporal.

Ya establecido en el Servicio de Cirugía Plástica, se integró muy bien en su mística asistencial y académica de constante superación que lo llevó a ganar su ascenso por concurso para médico adjunto, el 26 de abril de 1966. En esta categoría persistió durante doce años, hasta que en aquel ambiente agradable de trabajo y docencia tuvo que tomar una determinación que lo hizo convertirse, en una apreciación muy particular, en el médico de excelencia en este servicio.

En 1978, Ortiz Monasterio decidió trasladarse con su curso de posgrado al Hospital General "Manuel Gea González", de la antigua Secretaría de Salubridad y Asistencia. Al hacer la invitación al personal que eligió para emigrar con él, Enrique de inmediato se negó a seguirlo y decidió hacerse cargo de este Servicio, cuya tradición lo marca como el sitio donde se inició la residencia de la especialidad en México.

Sería ocioso especular lo que hubiera pasado con dicho Servicio si nuestro personaje hubiera aceptado partir con Ortiz Monasterio. La realidad fue que en ese año tuvo que reestructurar su grupo acompañado solamente por un especialista de experiencia y por tres cirujanos plásticos recién egresados, los doctores Carlos Del Vecchy, Pedro Jaidar y Ramón Trejo. Desde esa fecha y durante catorce años, Enrique permaneció en la jefatura de dicho Servicio, en plena lucha para mantener la asistencia, la docencia y la investigación, con esos cirujanos plásticos, algunos otros que estuvieron

temporalmente y algunos más que seleccionó entre sus egresados.

Para consolidar la estructura del Servicio tomó como base actitudes simples, pero que muestran gran inteligencia; por ejemplo, caballerosidad en su trato con el personal; amabilidad en la relación con sus alumnos; excelente visión para delegar correctamente responsabilidades; y enorme sensibilidad para indicar el camino correcto.

Esas cualidades le permitieron producir investigación original, publicaciones, trabajos ganadores de concursos nacionales; pero sobre todo, ganar la admiración y cariño de gran cantidad de cirujanos plásticos en los ámbitos nacional e internacional.

Con humilde sencillez, Enrique confesaba que él nunca quiso ser una brillante figura. Sin embargo, la historia lo registra como especialista exitoso, pero también como excelente administrador en la jefatura de enseñanza de Posgrado en el Hospital General de México (1969-1971); presidencia de la Sociedad Médica del Hospital General de México (1972-1973); presidencia de la Asociación Mexicana de Cirujanos Plásticos (1975-1977); presidencia del Consejo Mexicano de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva (1977-1979); y presidencia de la Sociedad de Exresidentes y Residentes de Cirugía Plástica del Hospital General de México (1981-1982). Como digno colofón a una vida inmersa en la actividad académica, en 1998 la Asociación Mexicana de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva le otorgó la categoría de Miembro Honorario.

Asimismo, respetuoso del reglamento, antes de cumplir los 65 años de edad, solicitó oficialmente abandonar la jefatura del Servicio y recibió su ascenso como consultor técnico. Con todas sus metas personales logradas y con la firme convicción de que no deseaba más, en 1996 decidió jubilarse de su querido Hospital General y pocos meses después retirarse de la vida profesional con el propósito de dedicarse a otras actividades que cumplieran sus satisfactores personales.

Enrique falleció el 27 de enero de 2000. Su ausencia constituye una pérdida irreparable para su familia, para nuestro Hospital, así como para la cirugía plástica mexicana; pero a hombres como Enrique Margarit no se les puede olvidar, porque él dejó huella en quienes tuvimos la fortuna de participar en alguna parte de su vida.

Ciudad de México, octubre de 2000.